

Cuarto espíritu del capitalismo: pandemia y malestar

*Por Johnny Orejuela**



* Doctor en Psicología Social del Trabajo de la Universidad de São Paulo y jefe del Departamento de Psicología de la Universidad EAFIT.
Correo: jorejue2@eafit.edu.co

2020, en cuestión de tres meses, todas las reglas del juego en el campo de la economía, la salud, la ciencia, la política y el mundo del trabajo han quedado afectadas. Un nuevo orden mundial se avecina. Las grandes superpotencias económicas ubican el mundo en la mitad de una guerra económica en la que la emergente China parece haber tenido información privilegiada sobre la pandemia por venir y de haber sabido usar eficientemente el poder del *big data*, mientras Estados Unidos menospreció, no se sabe si deliberadamente o no, los efectos de la pandemia, y puso la mayor cantidad de víctimas, en su mayoría latinos y afroamericanos, en este acontecimiento que ha parado el mundo capitalista globalizado como nadie lo había imaginado, ni anticipado. Coronavirus, globalización, neoliberalismo y *big data* parecen constituir las claves de la gramática que intenta establecerse para descifrar esta particular coyuntura, que pone por primera vez a la humanidad en una emergencia planetaria, y que en opinión de Harari (2020), será el acontecimiento que definirá el siglo XXI.

En el 2002 Luc Boltanski y Eve Chiapello publicaron su famoso libro *El nuevo espíritu del capitalismo*, en el que hicieron una excelente cartografía del desarrollo del capitalismo para indicarnos que estábamos bajo *un nuevo espíritu*: el capitalismo

financiero, su tercer espíritu. Los otros dos capitalismo fueron el capitalismo comercial y el capitalismo industrial. La reconstrucción de estos tres modos de acumular riqueza hasta finales de los años noventa, según estos autores franceses, nos permitía entender cómo habíamos pasado de un capitalismo desorganizado y familiar, en el que el héroe era el comerciante, a un capitalismo organizado basado en la manufactura racionalizada por la ciencia, en el que el héroe era el alto gerente asalariado de una gran factoría, para derivar en un capitalismo bursátil reorganizado, en el que la acumulación del capital se daba a la manera de los juegos de casino, es decir, por pura especulación; de hecho algunos autores así lo han caracterizado: *capitalismo de casino*. En este capitalismo, el héroe ya no es ni el comerciante familiar ni el alto ejecutivo profesional asalariado, sino el experto inversionista en mercado bursátil, desde el tecnócrata de las multinacionales hasta los banqueros. Ese fue el paso del segundo al tercer espíritu del capitalismo.

Pero Boltanski y Chiapello (2002) no alcanzaron a anticipar ni a vislumbrar las transformaciones en las formas de regulación y acumulación del capital; ni los modos de ser sociedad que se fraguaban en el Valle del Silicio; ni el surgimiento de un cuarto espíritu del capitalismo, en el que la fuente y la acumulación de la riqueza no dependerán ya ni del comercio ni de la industria, y tampoco de la financiarización de la economía. La nueva riqueza se concentra ahora en el poder de *los datos*, la minería de datos. La economía extractiva digital es

la nueva fuente de riqueza; los datos son el nuevo petróleo; por obvias razones los autores no lograron anticipar este momento, por lo menos no en su libro, pues a finales de los años noventa apenas surgía Internet (1998). Así, emerge un nuevo héroe: el exitoso emprendedor de empresas tecnológicas: Steve Jobs, Marck Zuckerberg, Bill Gates, Jeff Bezos; son los nuevos iconos, ídolos sin corbata. Habría, entonces, que aumentar una fase en la trayectoria histórica del desarrollo del sistema capitalista; su nuevo espíritu ya no es el tercero, es el cuarto: el del *big, small y fast data*. Inteligencia artificial e Internet de las cosas, para citar solo algunas de las expresiones de lo que el Foro Económico Mundial ha dado a conocer como la cuarta revolución tecnológica, la *era del big data* y de la cuarta revolución industrial, apenas declarada en Hanover en el 2011.

Esto nos introdujo no solo en una era de cambios sino, y sin lugar a dudas, en un cambio de era (Stalman, 2016). La cuarta revolución industrial ha sido desarrollada en el entorno económico de la globalización y el neoliberalismo, y ha sido precipitada y acelerada por la pandemia del COVID-19; es decir, una consecuencia no calculada de la actual pandemia es que aceleró, energizó, la implementación de la que ya venía siendo nombrada como la cuarta revolución industrial. El uso de *big data* para controlar la epidemia, el teletrabajo y la virtualización de la educación han sido acciones precipitadas para enfrentar esta crisis planetaria.

Orden	Tipo de capitalismo	Héroe capitalista	Características
I espíritu	Capitalismo comercial	Burgués comerciante	Capitalismo desorganizado, familiar
II espíritu	Capitalismo organizacional	Alto gerente asalariado	Industrial, burocrático, racional y organizado
III espíritu	Capitalismo financiero	Inversionista, experto en mercado bursátil	Capitalismo financiero, reorganizado, multinacional y especulativo
IV espíritu	Capitalismo de los datos	Emprendedor tecnológico	Capitalismo tecnológico, radicalmente globalizado, colaborativo, de la interconexión digital y disruptivo

Fuente: Elaborado y ajustado con base en Boltanski y Chiapello (2002).

Esto no ha dejado de tener consecuencias. Se erigen discursos a favor y en contra de la cuarta revolución industrial, los más optimistas nos advierten que si bien habrá transformaciones, esta no es una historia de pánico, y que por el contrario asistimos por primera vez en la historia, de manera consciente, a una revolución industrial (Harari, 2017), que atestiguamos un momento fascinante de transición histórica, y que la revolución digital representará innovación y bienestar para la mayor parte de la humanidad. Mientras tanto, otros menos optimistas advierten los riesgos de la era digital y nos anticipan que hemos llegado al fin de la luna de miel con el Internet (Cobo, 2019); que inauguramos una nueva forma del capitalismo denominada *capitalismo de vigilancia* (Zubott, 2020); y que hay una evidente amenaza a la democracia, como lo ha evidenciado el escándalo de Cambridge Analítica, asociado a la elección de Donal Trump en los Estados Unidos; en definitiva,

que atestiguamos el fin de la privacidad y el recrudescimiento de la sociedad de control digital y electrónico, como ya lo había señalado Michael Foucault.

Declaración de principio: no creo que estemos solo frente a evidentes riesgos derivados de la inteligencia artificial, tampoco creo que no haya riesgos y peligros derivados de su uso perverso. No me declaro un pesimista, pero tampoco un optimista ingenuo, digamos que se trata de un optimismo con responsabilidad. Hay que domesticar el capitalismo de los datos, hay que alfabetizar sobre el riesgo digital, hay que reconocer los peligros de la instrumentalización por parte de la ideología neoliberal que tenderá a profundizar, más no a inaugurar, pues eso viene aconteciendo desde 1973, la precarización del trabajo. Me cuido de entrar en la ingenua contradicción de una crítica radical a la revolución del Internet que al mismo tiempo uso para difundirla. Prefiero que admitamos que la cuarta revolución industrial es un hecho, a que emprendamos una guerra contra lo inevitable: la globalización y la revolución del Internet vinieron para quedarse.

La tarea debe ser reconocer cómo lograr domesticarla, ponerla a favor de la humanidad y reorganizarnos como sociedad para optimizar y capitalizar sus ventajas, neutralizar sus riesgos y asumir el desafío ético que nos impone, como especie, tan poderoso instrumento en nuestras manos. No hay que olvidar que al final del día los únicos que tienen la responsabilidad de lo que se puede hacer, usar o abusar con Internet somos nosotros, los seres humanos, eso no es problema de las máquinas. El poder gris de Google, Amazon o

Facebook, y de las grandes multinacionales de datos, debe ser regulado, para que los datos sean socializados y democratizados en pos del bienestar de la humanidad. Eso requerirá un esfuerzo político global para que los riesgos de manipulación, de exacerbación del consumismo y de amenaza de la democracia por el totalitarismo sean neutralizados.

La pandemia logró ser neutralizada en Corea y China gracias al uso eficiente del *big data*, he ahí el lado positivo de los algoritmos. Pero ceder los datos por una emergencia entraña el peligro de que sean manipulados y se pierda la privacidad, he ahí el riesgo y el desafío. Lo paradójico parece determinar el horizonte de nuestra época.

La querrela de las representaciones por el futuro

Atestiguamos un momento inédito y por tanto estamos preocupados por un porvenir que parece estar calibrado en unidades de incertidumbre, en la medida en que no estábamos preparados, por lo menos la mayoría de las personas, para enfrentar esta crisis de magnitud planetaria. Al contrario de la Segunda Guerra Mundial, no nos sacó de la casa para combatir, sino que nos reenvió a la casa para confinarnos como la estrategia más eficaz para paliar, para controlar, los efectos devastadores de la pandemia del COVID-19, experimentando el miedo y la zozobra que algunas películas de Netflix ya habían vaticinado; así como algunos acontecimientos históricos, como

la gripa española de 1918 y la peste negra europea del siglo XIV, también nos lo recuerdan. Enfrentamos lo que en psicoanálisis Lacan denominó *lo real*, aquella situación que nos sorprende, que se escapa a nuestro control, que no logra ser representada, simbolizada, y que como experiencia del sinsentido tiene como efecto la angustia; ese afecto caracterizado por la tensión difusa respecto del futuro, tensión determinada por la diferencia entre el aquí y el ahora y el allá y entonces, de eso de lo que no sabemos nada. Este confinamiento nos ha llevado a la experiencia de un duelo anticipado (Berinato, 2020) que, como toda experiencia de duelo, de angustia o de malestar—que pugna por ser reconocida, por ser simbolizada en tanto que experiencia de sinsentido—, activa el mecanismo de producción excesiva de explicaciones, de formas de representación que permitan ingresarla en una estructura de sentido; solo así ceden la tensión y el sufrimiento derivado de tales experiencias.

Así pues, podríamos decir que hemos presenciado cómo hemos pasado de ver los titulares de los grandes periódicos del mundo, que procuraban explicar la biología del COVID-19 y la lógica de expansión de las pandemias, a las grandes especulaciones filosóficas, como las presentadas tempranamente por Yuval Noah Harari, Byun-Chul Han y Slavoj Žižek, a las grandes preocupaciones por el colapso económico, y de ahí, a la miríada de explicaciones en todos los periódicos y por todos los científicos en un intento de representación de esta inédita coyuntura. Asistimos a una querrela, a una lucha de representaciones, algunas contradictorias, otras complementarias, algunas conspirativas, unas esperanzadoras, otras

apocalípticas, todas en un intento desesperado por encontrar o proveer a los demás algo de sentido. Es un esfuerzo desesperado y noble por utilizar los instrumentos conceptuales para representar el espíritu de esta época signada por el COVID-19. Harari (2020) plantea un futuro en el que estamos desafiados a elegir entre el nacionalismo o un gobierno global, entre el individualismo o una cooperación flexible en masa; entre saber que es muy difícil adivinar el futuro o apostar por una ficción futurible. Entonces, una opción es optar por la discreta posición de invitarnos a pensar qué clase de sociedad y de humanidad queremos delinear para el mañana.

Por su parte, Slavoj Žižek (2020) madrugó a vaticinar el fin del capitalismo aludiendo a la metáfora de una jugada mortal asestada por la pandemia al mejor estilo de Kill Bill. Más temprano que tarde reaccionó Byun-Chul Han (2020) al criticar el exceso de optimismo de Žižek, vaticinando por su parte que nada cambiará en el capitalismo neoliberal y la sociedad individualizada occidental después del COVID-19. Remata John Gray (2020) diciendo contra Harari, sin nombrarlo, que creer en la cooperación global como solución es pensamiento mágico en su forma más pura. Pero todos sí parecen coincidir en algo: estamos frente a una inflexión histórica. Tanto así, que rápidamente se editó, en tiempo récord y en versión digital, el libro *Sopa de Wuhan*, para compilar las reacciones de los principales pensadores del mundo frente a esta coyuntura histórica. Este es el lado positivo del Internet.

La opinión ilustrada es un campo de lucha, como diría Pierre Bourdieu (1975). Nadie sabe a ciencia cierta qué ocurrirá

mañana, es imposible anticipar el futuro, sobre todo cuando nadie puede controlar ni predecir el comportamiento de esta extraña especie que somos los seres humanos. Esta condición humana que nos define y que puede sacar lo mejor de nosotros en un altruismo compasivo inusitado, así como volvernos nuestros propios lobos y aprovechar la pandemia para seguir buscando nichos de mercado. Nadie puede anticipar de qué seremos capaces. Frente al futuro me declaro un optimista moderado. Estoy seguro de que de esta crisis no saldremos intocados; sin duda habrá cambios, esto no significa que sean mejores ni necesariamente peores, pero habrá cambios, de eso no hay duda. Por mi parte tengo la confianza en que por oscura que sea la noche también amanecerá, y que justo también pasará! Necesitamos tiempo para deducir las consecuencias, entiendo el valor terapéutico del esfuerzo de todos los intelectuales y humanistas del mundo pugnando por ofrecernos la mejor versión posible del futuro, pero es demasiado temprano para ello, tenemos la crisis en nuestra propia cara, y para que las cosas sean apreciadas mejor se requiere un poco de tiempo, que significa distancia. Por ahora me conformo con entender que es tan problemático tener demasiadas, e ingenuas, esperanzas, como no tener ninguna.

El trabajo, ese gran damnificado...

Descontando los efectos sobre la salud, el segundo gran damnificado en tanto motor movilizador de la economía es el

mundo del trabajo. El modelo de acumulación implementado después de 1973 y reconocido como modelo de flexibilización laboral, profundizado en el marco de la ideología neoliberal, desarrollado por la Escuela de Chicago e implementado en los Gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher después de 1984, configuró el caldo de cultivo de un proceso creciente y continuo de degradación de las condiciones conquistadas bajo el amparo del modelo fordista y del Estado del bienestar entre 1945 y 1973, fenómeno que hemos conocido como proceso de precarización laboral, o modelo de fragmentación laboral precarizante (Orejuela 2009; 2018). La pandemia deja al descubierto los profundos efectos de degradación del modelo neoliberal y de la precarización laboral aupada por el modelo de acumulación flexible (Harvey, 1998).

La falta de cohesión entre los grandes pilares institucionales de la sociedad occidental, a saber, salud, trabajo, educación y bienestar social, queda revelada por una pandemia que nos obliga al confinamiento, detiene la economía y paraliza el mundo del trabajo. El modelo de flexibilización y su efecto de fragmentación del mercado del trabajo, en el que un reducido número de trabajadores que no superó el 15% pertenece al núcleo, y un 85% está disperso en opciones precarias de trabajo dentro de las cuales, para el caso colombiano, más de un 60% de los trabajadores está en la informalidad laboral, el rebusque y el autoempleo, entre otros, o en el peor de los casos en opciones de empleo autónomo precario, como los domiciliarios de Rappi o los trabajadores de Uber, o de cualquier otra plataforma de intermediación digital, que constituyen lo que Ricardo

Antunes (2019) denomina las nuevas formas de la esclavitud, y que la mayoría de los sociólogos, psicólogos y economistas del trabajo identifican bajo la etiqueta de *uberización del mercado laboral*, revela en su conjunto la exposición a la calamidad, a la ausencia de seguridad social, a las pérdidas de la calidad del empleo, a la caída de los salarios y a la constricción del poder adquisitivo. El fuerte y creciente proceso de deslaboralización revela la preocupante precariedad de los que participan, compran y venden su fuerza laboral en un mercado cada vez más inequitativo, y en un sistema en el que la desigualdad campea sin que haya ningún reparo moral. El neoliberalismo mostró sus debilidades como modelo de Estado, el despropósito en la acumulación de riqueza en una elite minoritaria que conserva mucho poder y riqueza –pero que no supera el 10% del total de la población mundial–, mientras que los trabajadores que día a día con su esfuerzo y compromiso movilizan la economía mundial se exponen a una dualidad, morir de hambre o morir por el virus.

La clase media también ha quedado expuesta en su pobreza encubierta. Esta nueva clase media que no logra acumular patrimonio y que lo único que concentra es capital simbólico: títulos universitarios y muchas deudas, pero que está profundamente individualizada e imaginarizada como de clase alta, por los efectos del consumo al que accede, también paga fuertes consecuencias económicas y queda en una zona de riesgo y vulnerabilidad que tampoco se tenía imaginada. El problema histórico de la clase media es que no se moviliza, atribuye las huelgas y protestas a los obreros de clases subalternas

y cuello azul; según dicen, “la gente decente, la gente bien” no sale a las calles. Eso la condena a pagar más impuestos, a recibir menos beneficios y a no reivindicar sus derechos, menos aún a denunciar las injusticias; está acostumbrada y prefiere lavar la ropa sucia en casa, muy a pesar a ser la víctima de la fábrica del hombre endeudado (Lazzarato, 2015). No está dispuesta a movilizarse, esa es su debilidad política.

Las otras grandes damnificadas son las pequeñas y medianas empresas, que constituyen el 95% del parque empresarial colombiano y que por tanto son las proveedoras del 95% de los trabajos formales directos e indirectos del país; los pequeños empresarios, los emprendedores han sido expuestos al inminente riesgo de la bancarrota, del derrumbamiento de sus sueños de independencia económica.

Los subsidios estatales a las mipymes por tres meses no sirven sino para paliar el drama. Como solución es francamente insuficiente. La solución tiene que ser más drástica, solicitando la solidaridad de los bancos que han acumulado tanta riqueza en las últimas décadas. El Estado tampoco podrá pagarlo solo y es un insulto público que no entregue directamente, sino a través de créditos, el dinero que ha logrado que le sea autorizado por el estado de excepción. Facilitar una deuda no es una ayuda ante una calamidad tan crítica como la presente. Algunos países, como Brasil, Estados Unidos, Colombia, han visto en los auxilios económicos una forma de ayuda, pero es insuficiente. Por ello se ha puesto a la orden del día el debate, aplazado por décadas, sobre la *renta básica universal incondicional*, tema que los economistas neoliberales no habían querido tocar

por lo que implica en términos de redistribución del capital y pérdida del poder de negociación de los empleadores. Eso sí, clase media, prepárate: vendrán impuestos para cubrir el déficit derivado de la pandemia, pues sin duda se solidarizarán las pérdidas. Y las tasas de desempleo se elevarán, borrando de un solo tajo los logros obtenidos para superar, en parte, la crisis de 2008. Se calcula que se perderán más de treinta millones de empleos con esta pandemia. No acumulamos sino pérdidas laborales, el trabajo será el gran damnificado, las cifras de desempleo lo demostrarán.

La crisis evidenció que los grandes mandatarios en América Latina, pero también en Estados Unidos, se representaban a todos sus pueblos como de clase media acomodada, es decir, con ahorros, grandes salarios, con contratos estables, con casa y con carro. ¡Qué ilusos! Quedó manifiesto que la mayoría de aquellos a los que gobiernan son pobres; viven del rebusque, no tienen dónde vivir o pagan arriendo; no están protegidos en salud; aguantan hambre; viven hacinados; son las víctimas más frágiles y son vectores involuntarios de la contaminación. Pero los necesitamos, eso ha quedado claramente demostrado también: vigilantes, cajeros de supermercados, domiciliarios, taxistas, transportadores informales, vendedores ambulantes, empleadas de servicio doméstico, etc. La pandemia evidenció cuán necesarios eran para movilizar la economía y la sociedad; ellos, como los médicos, también merecen aplausos; lo lamentable es que los subsidios aún no les llegan, y si les llegan, no son sino una cuota de corrupción. Los estamos empujando a tener que elegir entre enfermarse o morir de hambre. Se anticipa

que después de superado el nivel máximo de emergencia, la movilización social y la protesta puedan ser de niveles incalculables, y por supuesto, están justificadas.

El teletrabajo: antídoto y veneno

Como una forma de respuesta inmediata, y como medida de choque, para no detener de manera radical la economía, la mayoría de empresas e instituciones como las educativas optaron por el teletrabajo y la virtualización. Si bien esta medida es una solución inmediata, no deja de entrañar limitaciones y consecuencias no tan agradables. El *teletrabajo involuntario e improvisado* es una solución imperfecta, pues ha representado el aumento de los riesgos laborales, sobre todo los de carácter psicosocial, los asociados a la salud mental. Precisamente por ser involuntario e improvisado, lanzó a una gran masa de trabajadores a hacer de sus comedores familiares sus oficinas y del trabajo en casa un riesgo para su salud mental, al bloquear la función psicosocial del trabajo como actividad sublimatoria, como campo de autoexpresión, autorrealización y vector constructor del autoestima y la identidad, y como forma de inclusión social, pues trabajar es más que ganarse un salario; trabajar es relacionarnos con otros, es vivir con otros y producirnos a nosotros mismos (Dejours, 2007), salir de sí (Clot, 2009).

El teletrabajo es una opción de trabajo flexibilizado que no a todos los trabajadores les interesa, ya que no tiene las con-

diciones subjetivas para asumirse sin riesgo. Además, el hecho de que sea involuntario viola un principio fundamental necesario para sentir placer en el trabajo: la autonomía; y al ser improvisado, no garantiza todas las condiciones tecnológicas, ergonómicas y psicosociales. También ha empujado a los trabajadores a la intensificación laboral, a la pérdida del equilibrio entre vida personal y trabajo, y a la imposibilidad del distanciamiento psicológico, necesario para la reparación, creatividad, innovación y calidad de vida. Por otro lado, ha expuesto a algunos trabajadores, cuya naturaleza de tareas les impide teletrabajar, a lo que se entiende como subempleo subjetivo, es decir, a la sensación de que ellos tienen más competencias que las que requiere aquello para lo que los han contratado; los están subutilizando como fuerza laboral, lo que no deja de producir sentimientos de menosprecio y culpabilidad. Aparecen signos de alarma por la pérdida de la estabilidad emocional derivada del confinamiento y de un teletrabajo que intensifica el control por parte de algunos jefes desconfiados, que suponen que por estar en casa los empleados no tienen nada para hacer y por ende multiplican las demandas como una forma de control de la actividad. Además de un ejercicio de control y vigilancia electrónica que restringe la autonomía e infantiliza a los empleados. Todas estas son condiciones que se constituyen en factores de riesgo para la conservación de la salud laboral. Así, el teletrabajo, que parecía ser el antídoto, paradójicamente no deja de tener sus visos de veneno.

Finalmente, advertidos por Freud hace ochenta años sobre el malestar propio de ser sujetos de la cultura, no podemos

dejar de apreciar las consecuencias del malestar específico que produce la pandemia y los riesgos de una excesiva vigilancia implementada por los Estados, a propósito de su control, las pérdidas económicas, las preocupaciones por el futuro. La incertidumbre por cuándo y de qué manera saldremos de esta crisis no deja de producir el sinsabor propio de toda crisis: un porvenir aún sin descifrarse suficientemente, unos riesgos anticipados y unas pérdidas inevitables que nos dejan con más preguntas que respuestas; esto no deja de generar esa tensión difusa e indeterminada a la que llamamos *malestar*. Ese malestar logra ser paliado cuando lo pasamos por el diafragma de la palabra, cuando lo apalabramos, por eso este es un momento de obligatoria reflexión, en el que estamos desafiados a nuestra mayor capacidad resiliente, nuestra mayor paciencia y compasión, la solidaridad que parece ser la herramienta más poderosa con la que los seres humanos contamos para hacer de este un mundo mejor. De nuestra conciencia depende la humanidad que seremos después del COVID-19. Como lo anticipó el historiador Sorokin, después de un periodo de oscuridad viene un periodo de exaltación de la vida; que no nos extrañe que esta crisis termine llevando a la humanidad a una crítica profunda de los valores materialistas y a una explosión de la espiritualidad.

Al final del día, parece que esta crisis exige un replanteamiento de la gramática axiológica, ethopolítica, y nos impulsa a gravitar alrededor de valores como la confianza, la solidaridad, la equidad, entre otros.

Referencias

Antunes, R. (2019). *O privilégio da servidão: o novo proletariado de serviços, na era digital*. São Paulo: Boitempo.

Berinato, S. (2020). *That disconfor you are feeling is grief*. Disponible en: <https://bit.ly/2yxUff7>

Boltanski, L., y Chiapello, E. (2002). *Nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.

Bourdieu, P. et al. (1975). *El oficio del sociólogo*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Clot, Y. (2009). *¿El trabajo sin seres humanos? Psicología de los entornos de trabajo y de vida*. Madrid: Modus Laborandi.

Cobo, C. (2019). *Acepto las condiciones: uso y abuso de las tecnologías digitales*. Madrid: Fundación Santanilla. Disponible en: <https://bit.ly/3bbxyE3>

Dejours, C. (2007). *A banalização da injustica social*. Rio de Janeiro: FGV.

Gray, J. (2020). *Adiós globalización, empieza un mundo nuevo. O por qué esta crisis es un punto de inflexión en la historia*. Disponible en: <https://bit.ly/35CKKjX>

Han, B. C. (2020, marzo 22). La emergencia viral y el mundo de mañana. *El País*. <https://bit.ly/3fs9oZi>

Harari, Y. (2020). *La mejor defensa contra los patógenos es la información*. Disponible en: <https://bit.ly/2SGJcA6>

Harari, Y. (2017). *Homo Deus: breve historia del mañana*. Barcelona: Debate.

- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lazzarato, M. (2015). *La fábrica del hombre endeudado: ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Orejuela, J. (2018). *Clínica del trabajo: el malestar subjetivo derivado de la fragmentación laboral*. Bogotá: San Pablo-EAFIT.
- Orejuela, J. (2009). *Incertidumbre laboral*. Cali: Bonaventuriana.
- Stalman, A. (2016). *Humanoffon. ¿Está internet cambiándonos como seres humanos?* Barcelona: Deusto.
- Žižek, S. (2020). El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill. *Esferapública*. <https://bit.ly/3fsWWZ0>
- Zubott, S. (2020). *Capitalismo de vigilancia*. Disponible en: <https://bit.ly/2WaEGfm>